luto, cual de poderosísimo instrumento, lo emplean con gran sabiduría en impulsar la sociedad hácia adelante y en reformarla, oprimiendo los intereses antiguos en bien de los derechos nacientes. De estos ministros á cada paso surgen por las monarquías, de estos hombres extraordinarios, capaces de elevarse á una concepcion superior de lo porvenir y realizarla con los medios varios que les ofrece lo pasado y lo presente, fiando al atraso mismo de los pueblos y al poder inmenso de los reyes el superar y vencer todas las resistencias. No era otra cosa que uno de estos hombres aquel D. Alvaro de Luna, consagrado á destruir el feudalismo un siglo ántes de que tal medida estuviera en sazon, y muerto al hacha del verdugo, no tanto por la omnipotencia de su privanza como por la audacia de su pensamiento. Mas debe considerarse que hay sociedades condenadas por la fatalidad de su misma complexion á no recibir ninguna reforma sin perecer enteramente. La ley de la transformacion general no les alcanza. Se han formado con principios tales, han crecido con tales elementos, que la reforma equivale á la muerte, sucediéndoles como á ciertos enfermos desesperados á quienes acaba la única medicina capaz de devolverles la salud y conservarles la vida. Así hemos visto desaparecer naciones enteras sin dejar en los desiertos ni las huellas del insecto que aletea ó del reptil que se arrastra sobre los océanos de arena. Por ejemplo, nada le hubiera sido tan fácil á Cartago como imitar el ejemplo de su rival Roma, y en vez de ejércitos mercenarios, tener ejércitos nacionales. Pero si aquella aristocracia mercantil admite semejante principio, contrario á sus

bases fundamentales, muere, y prefirió á caer por el suicidio á sus propias manos, caer por la derrota al hierro y á la pujanza de la enemiga Roma. Así es Turquía con su Koran revelado por toda ley, con su Califa-Sultan por todo poder, con sus supersticiones tradicionales por todo espíritu, con su rigidez mortal por toda vida, inmodificable completamente á los humanos progresos. El que la reforma, la mata. Imaginaos un médico que para curar nuestro organismo enfermo propusiera en su clínica desmontar el esqueleto de un vivo, como podria desmontarse el esqueleto de un muerto en el gabinete de Historia Natural. Pues he ahí lo que Midhat-Bajá propone; coger á Turquía viva y desmontarle y limpiarle el esqueleto. De seguro le causa la muerte. Así es que, á fines de Abril, en los consejos del Sultan, prevalecia la política antigua á todo trance: exaltacion de la autoridad; guerra á muerte; ódio sin tregua á los cristianos; llamamiento de todos los vasallos; contingentes de tropas traidos del Asia y lanzados como perros hambrientos sobre sus presas; cruzadas religiosas; apelacion al ódio de los bosniacos mahometanos contra los bosniacos griegos ó católicos; la tradicion, la santa tradicion por la cual Mahoma y sus descendientes vencieron al mundo atónito y fundaron poderosos Imperios. Y en verdad, ó estos medios aprovechaban á Turquía ó no tiene otros. La ascension de Midhat-Bajá significa el relajamiento de la autoridad, el descenso de los califas, el retroceso de la guerra, la utópica reconciliacion entre los combatientes, la tolerancia con los oprimidos que se aprovecharian de ella para derrocar al opresor, complicacio-

nes nuevas en medio de viejas é inveteradas desgracias.

Pero la misma proteccion de las potencias europeas ha impedido á Turquía seguir los impulsos de su naturaleza. En Constantinopla reina unas veces la política inglesa, otras la política rusa, otras la política austriaca, nunca la política turca. Así decíase que dos diplomáticos, el representante de la córte de Lóndres y el representante de la córte de Petersburgo, habian elegido la ciudad de Constantino por campo de batalla donde ejercitar sus respectivas aptitudes. Y por uno de esos secretos sólo confiados á los dioses, el ruso amparaba al Ministerio de la vieja Turquía, miéntras el inglés amparaba al ministerio de la jóven Turquía, cuya principal representacion y autoridad en Midhat-Bajá se personifica y se condensa. Entre tanto el Embajador austriaco representaba el tercero en discordia. Siendo para él como una cuestion interior la cuestion turca, apelaba á medios diversos y hasta contradictorios, naturales expedientes de una política sin rumbo y sin objeto. Ora incitaba y aguijoneaba á los cristianos en armas, ora les advertia que no contáran con su auxilio. Ya se inclinaba á un lado, ya á otro, como depositario de una política ébria de deseos sin satisfaccion posible y de ambiciones sin resultado alguno. Pero el caso es que todos estos consejeros llevaban á la cabecera del enfermo recetas europeas; y Turquía para salvarse necesita la política turca, exclusivamente turca, fundada en sus leyes, en sus tradiciones y en sus costumbres. Y miéntras tanto, los delegados de los tres grandes Imperios del Norte se reunen y proponen reformas recalentadas en la cabeza de la diplomacia europea que,

con ser de sentido comun, aparecen mucho más fáciles de prometer que de cumplir.

Pero sigamos la relacion de los sucesos. Mahamud-Bajá cae á la conjuracion de los softas y le reemplaza Midhat-Bajá en realidad, aunque Ruchid lleve la dignidad de Gran Visir. El Sultan cede, y como todos los poderosos que ceden, el Sultan está perdido. Instálase el nuevo ministerio en medio de las manifestaciones más ardientes de entusiasmo dadas por los softas que representan una verdadera oligarquía atentatoria como todas las oligarquías á los poderes absolutos y á su omnímoda autoridad. Los Ministros desfilan desde el Palacio á la Sublime Puerta en medio de una multitud compacta que los mira con curiosidad y hasta con esperanza. Pero un hecho nefasto engendra en los orientales supersticiosos presentimientos. Cierta columna de softas que iba en procesion á ver el desfile de los Ministros, sus hechuras, entra precipitadamente en el Bazar y mueve tal ruido que los comerciantes turcos se creen asaltados por los cristianos y los cristianos por los turcos. Unos corren; otros gritan; éstos chocan con aquéllos; varios caen heridos; algunos se refugian como locos en las tiendas y rompen cuanto al paso encuentran; dos espiran á los horrores del miedo. Así el terror más espantoso reina sobre la bella ciudad que anida en el Bósforo de Tracia. El Embajador ruso tiene á su servicio materalmente ejércitos de eslavos; el Sultan fortifica su palacio y lo rodea de tropas, como si estuviera en víspera de un asalto; la Sultana madre, la sultana Validé, cuya influencia es omnímoda como adquirida y conservada en el Ser-

rallo, aumenta las precauciones para su persona y las adulaciones al pueblo; los turcos murmuran como arrepentidos de su tolerancia y los cristianos tiemblan como amenazados por un degüello; la pública opinion señala con certeza los barcos aparejados para asilo á los Ministros europeos que piensan por la fuga salvar la inviolabilidad de sus personas; y reina en los ánimos esa espantosa inquietud mensajera de próximos trastornos, semejante al relampagueo de nuestras noches estivales en el Mediodía, cuando, sin que haya ni siquiera una nube, se incendia en llamaradas eléctricas todo el cielo.

Las noticias de Bulgaria son horribles. A la opresion turca sucede un levantamiento alentado por el ajeno ejemplo y justificado por exacciones y vejámenes sinnúmero. Las tropas salvajes, venidas del interior del Asia, á servicio de su Califa de Constantinopla, creen acto meritorio inmolar á los cristianos hasta en sus últimas generaciones, deshonrar á sus mujeres, prender fuego á sus viviendas. Por aquellos caminos, entre el humo espesísimo, sobre charcos de sangre, se alzan horcas de las cuales penden desnudos y amoratados los cadáveres de ancianos, de mujeres, de niños, de todos cuantos no han podido tomar las armas para defender caramente su libertad y su honra. Y la naturaleza humana es así; tiene contrastes increibles y matices varios. Los pueblos de raza griega celebran á mediados de Mayo en todo el Imperio turco fiestas impregnadas del antiguo paganismo que han vencido á los siglos porque representan el amor más primitivo, el amor á la naturaleza. Grecia, al morir, ha dejado en los celajes del Oriente europeo algun

reflejo de su mirada y en las conciencias de su ilustre raza algun resplandor de su luminosa alma. Vanse á los promontorios donde los cielos se ensanchan; á los bosques donde los árboles se mecen y murmuran besados por el aura; á las playas donde las brisas y las olas cantan; doquier el alma se hermosea comunicándose estrechamente con el universo. Las hermosas jóvenes, con su tez morena, con sus ojos negros como las trenzas de su cabello de ébano, con su apostura de estatuas, aparecen más hermosas todavía cuando las ciñen las guirnaldas primaverales de fresco rocío esmaltadas y prendidas á sus sienes palpitantes y á su abovedada cabeza. Coronadas de esta suerte aguardan la salida del sol; y en cuanto los primeros rayos inflaman el Oriente con toques de púrpura, aquellos jóvenes pechos palpitan de alegría y aquellas gargantas entonan himnos que van á confundirse con los gorjeos y con los trinos de todas las aves, y especialmente de los ruiseñores en celo. Despues, en grupos varios, recorren los sembrados, y ya se detienen á ordeñar las ovejas y las cabras para ofrecer al sol libaciones de blanca leche; ya se arrojan á los trigos y en sus espigas se revuelcan, como si quisieran bañarse en la vida y en la sustancia de los campos, en sus efluvios vivificantes, en sus misteriosas esencias. Y luégo se reunen á comer el corderillo asado sobre los romeros, los lentiscos, los tomillos y demas olorosas plantas de aquellas olorosísimas colinas. Y sólo beben agua fresca recogida en el hueco de la mano que apénas turba la clara linfa de la fuente, en cuyo honor trenzan una de esas danzas cíclicas como las que se tejian y celebraban allá

en el templo de Délfos á la sombra de sus inmortales laureles. Luégo á la puerta de cada casa griega brilla una de estas guirnaldas desceñidas de las virginales frentes y colgadas allí para que habite la felicidad en el hogar consagrado por esta religiosa ofrenda.

Acababan de celebrarse estos pintorescos festejos por los griegos de Constantinopla cuando crecian las angustias públicas á medida que los recelos y temores del Sultan se agravaban horriblemente. Un dia viósele sacar dinero á manos llenas de sus arcas cerradas para todo aquello que no fueran sus personales caprichos y dispendiarlo entre las gentes de su guardia. Otro dia la Sultana Validé inmolaba centenares de bueyes y corderos, repartiendo entre los pobres tan suculenta hecatombe. Ya se vestia á los niños de las escuelas ó ya se halagaba á los santones de las mezquitas. La guarnicion de Constantinopla recibia mejores recompensas y adivinaba que en estas recompensas iba envuelto un pensamiento político. Murmurábase mucho de una singular circunstancia. Los sobrinos del Sultan, los hijos de su antecesor Abdul-Mejid, herederos por ende del trono, habíanse instalado ya en su habitacion de verano, á las orillas del Bósforo, cuando reciben la intimacion de recluirse en su palacio de Dolma-Bagtché. Y cuando llegan se encuentran en el mabein al primer chambelan de su augusto tio, el cual, de órden superior, les notifica que no podrán salir de Palacio sin permiso; que no podrán ni siquiera enviar á los pequeñuelos á paseo; que no podrán recibir visita alguna sino con previa autorizacion, considerándose como prisioneros de Estado y sometiéndose á todas las condiciones impuestas por la costumbre á cuantos han perdido con razon ó sin ella la necesaria libertad. Es más, la sultana Validé les manda un billete, el cual les previene que no deben tener hijos varones si no quieren verlos degollados en su nacimiento para impedir con futuras competencias al trono futuras guerras civiles al destrozado Imperio. Miéntras tanto, la lucha se agrava en Bosnia; la revolucion estalla en Bulgaria; las peticiones de la igualdad civil entre los creyentes de los diversos cultos se elevan en Creta; los artículos de las conferencias de Berlin suenan como el chasquido de un látigo en el palacio de los sultanes; las crueles penas impuestas en Salónica por las potencias y dirigidas contra los musulmanes por los magistrados cristianos sublevan á los turcos; las maquinaciones de Rusia extienden y propagan la rebelion; las amenazas de Rumanía se unen al clamoreo de la insurreccion y al vibrar de las armas; las conjuraciones griegas llegan hasta las antiguas tierras de Macedonia y del Epiro; la Servia y el Montenegro requieren sus espadas, como si hubieran de entrar inmediatamente en batalla; la voz angustiada del Sultan que reina en Constantinopla resuena desde el Gánges hasta el gaditano estrecho en demanda de auxilio para aquel gran poder, asombro del mundo, que espira de deshonra y de impotencia en las orillas del Bósforo, manchando con su siniestra y oprobiosa agonía la gloriosísima historia de una raza que se apercibe en todas partes al combate y á la muerte.

En esto, el drama que preveian los hombres de alguna inteligencia se desarrolla con toda esa trágica furia y

con todos esos incidentes á que ya nos han acostumbrado las historias orientales, demostrando la uniformidad de un espíritu el cual se reproduce á traves de todos los tiempos con los mismos caractéres. El 29 de Mayo acudieron á ver al Sultan el gran Visir y el Ministro de la Guerra. La conversacion, si bien contenida dentro del más estricto respeto y con la exquisita observancia debida á las leyes de la etiqueta, presagiaba gravísimos sucesos por la multitud de los problemas en ella suscitados. Pintaron uno y otro con vivísimos colores la suerte del Imperio, las desgracias irreparables, los conflictos diarios, el espíritu de rebelion prendido en las razas cristianas, la debilidad de los turcos y la urgencia de recurrir á medidas extremas para contentar á los descontentos, como ceder el tesoro particular, en tantos años amontonado, al ejército que combatia desnudo y hambriento por el divino Koran y por el Gran Señor. Abdul-Azis, que no puede comprender la vida sino á sus antiguas tradiciones apegada, rehusó toda cesion de su tesoro, considerando tal proyecto como un verdadero desacato á su autoridad y á su nombre. Experimentados conocedores del Oriente, comprendieron los dos ministros que despues de este coloquio no quedaba ninguna esperanza, como colocados por el destino en la alternativa de morir ó matar. La honda herida abierta en el déspota provoca como único medio de restañarla pronto el placer de una venganza. Inmediatamente comunicaron su sentir á Midhat-Bajá, el cual pudo fácilmente demostrarles cuán necesario era ó ceder al Sultan los restos del Imperio cediéndoles sus propias cabezas, ó arrancarle de

las manos el sable de Ostman y trasmitirlo al sucesor designado por la religion y por las leyes.

El secreto más absoluto reinó en todas estas conversaciones. Los que se acostumbran al misterio de las tinieblas no son vistos, pero tampoco ven. Traman miles de emboscadas y en una sola emboscada caen. Coronan la sociedad con un abismo y le abren otro abismo á las plantas. En el silencio todos se asfixian, porque la libertad, dígase lo que se quiera, es como el aire, necesaria á los gobernados y más necesaria áun á los gobernantes. En los gobiernos despóticos suprimís la opinion abierta, pero no podeis suprimir la opinion sécreta. La protesta de la tribuna y de la prensa no existe; pero existe la protesta del sable y del puñal. No hay tribunos que conmuevan los ánimos, pero hay conjurados que se arrastran en las sombras. No cae un gobierno ni por los debates solemnes, ni por los votos tumultuarios, pero cae un monarca herido por las manos de su propia familia en los secretos de la alcoba, en los placeres del Serrallo. Un pomo de veneno sustituye á la idea; un cuartel á las Cámaras; una conjuracion á la tribuna; un golpe á la palabra; una puñalada seca á las revoluciones: que las sociedades, cuando no pueden naturalmente, se renuevan por la fuerza y por la violencia. Así en cuanto tramaron los conjurados su proyecto, corrieron á ver al jóven príncipe que debia auxiliarles aceptando tras el destronamiento de su antecesor, el mellado alfanje de su gente. Murad se resistió algun tiempo, pero amenazado con una muerte segura si la conjuracion no prevalecia, y si prevalecia con la preferencia sobre sus derechos de los

derechos de su hermano, aceptó el proyecto, resignándose á la fatalidad como la víctima se resigna al sacrificio y alarga el cuello al sacrificador. La razon de Estado es implacable.

Los conjurados supieron que la noche del veintinueve de Mayo Abdul-Azis habia enviado un mensajero al Gran Visir pocos dias ántes despedido. Este grave indicio les forzó la mano y les obligó á una resolucion suprema y decisiva. A esto se unian apremiantes mandatos del Sultan obligando al Ministro de la Guerra á presentarse en Palacio. Habia pasado la noche el ciego dueño de Constantinopla, como suelen todos los predestinados á perder los Imperios, en el seno de los placeres y en el fondo de los serrallos. Una comedia turca habia sazonado tales fiestas bien contrarias al estado de ánimo que debia tener quien reinaba sobre la ruina, sobre la bancarota, sobre la deshonra y sobre la guerra. Al volver habia abierto una ventana que daba á las claras aguas del Bósforo, y al abrir esta ventana habia visto deslizarse en las sombras un barco que parecia conducir tropas á misterioso y no bien definido destino en aquellas altas horas de la noche. Tras estas coincidencias no habia remedio; no quedaba otra alternativa sino lanzarse al golpe de Estado ó sucumbir tristemente en la demanda. Los oficiales generales que debian mandar las operaciones ya estaban prevenidos; las tropas, acuarteladas; el Presidente del Consejo Superior de la Guerra, avisado; la artillería, aparejada; el Ministro de Marina llamando á los buques del Bósforo; los Ministros no partícipes del proyecto y los embajadores extranjeros celados; la escuela militar aper-

cibida como para un combate; y el palacio, que habitaba el Sultan, convertido por varios cordones de tropas enemigas en una verdadera cárcel donde realmente iba á desvanecerse y disiparse la sombra augusta y majestuosa de un colosal Imperio.

Eran las dos de la mañana del 30 de Mayo. El movimiento de tropas debia despertar la atencion á no tener várias y justificadas explicaciones en el estado de guerra. Avni-Bajá, el ministro, sin ninguna insignia militar, corre al palacio del heredero, arranca á Mourad de allí, lo lleva á remo hasta Estambul, lo sube al Ministerio de la Guerra y le obliga á firmar la destitucion de su tio y la propia exaltacion al trono de los Sultanes. Seguidamente un ayuda de campo del Ministerio de la Guerra corre al palacio del Sultan depuesto á comunicarle de órden superior la fatal y tremenda resolucion. El General encargado de sitiar la habitacion del jefe de los creyentes entra, la ocupa militarmente por los jóvenes de la escuela militar y se dirige á golpear la puerta cerrada de las imperiales alcobas. En cuanto el puño de la espada del General resuena en la madera va el eunuco encargado de velar el sueño al gran Señor y dice toda suerte de improperios y amenaza con todo género de castigos al desatentado que ha cometido tan grave falta y que ha derogado todas las leyes del Imperio con semejante agravio al Emperador, al Califa, al predilecto de Alah, al sucesor de Mahona, al dueño de la tierra, al jefe de los creyentes. Pero el interpelado y amenazado, no teniendo ya ninguna consideracion que guardar, anuncia al eunuco la suerte reservada á su Señor. Rie como un loco el

pobre bufon, que sólo se pone serio cuando ve mantenida la palabra del rebelde por las siniestras armas de los soldados. Así cae como rendido y franquea la puerta del serrallo. Al tumulto varios eunucos, fieles como perros, corren, se lanzan sobre las tropas, quieren detenerlas á costa de su vida, gritan como locos, forcejean como energúmenos hasta que caen maniatados y amordazados por la fuerza. Al fin, el General aparece ante el lecho de su Señor. Éste, sorprendido, extrañado como si fuera presa de una pesadilla, se frota los ojos y mira á todas partes con mirada siniestra, cual si la cólera impotente tuviera la fuerza del omnipotente y no disputado poder. A la lectura del decreto que lo depone se lanza casi desnudo del lecho y profiere horribles maldiciones. Y á estos desahogos de su cólera se unen los desahogos de la cólera de su madre, la sultana Validé, que llega mal envuelta en las ropas de su cama, desgreñada, fuera de sí, prorumpiendo en toda suerte de vociferaciones y lanzando al rostro de cuantos faltan á su hijo la hiel de su hígado y el vocabulario de la esclavitud tan rico en horrorosos dicterios. Pero el General, sereno en su ministerio dificilísimo, como quien obedece al destino, con esa resignacion á la fatalidad propia de sus creencias y de sus gentes, dice al Sultan que tiene encargo de llevarlo prisionero á otro palacio, y que no se resista si en algo tiene su vida y la vida de su madre. A estas palabras conoce Abdul-Azis que todo se ha consumado y que su corona está perdida. Y vistiéndose, y devorando la amargura terrible que lleva en el alma, pártese para el sitio designado, como si al caer de

tan alto, se hubiera convertido en miserable autómata.

Desde este momento cumplióse todo como estaba de antemano prevenido y previsto. El caic turco, que es respecto al Bósforo como la góndola veneciana respecto al canal, recogió al Sultan para llevarlo al palacio de Topcapou, una de esas inmensas construcciones en que el destronado ejercitaba sus volubles caprichos y deshacia su riquísimo tesoro. Al punto de dejar al serrallo, agolpósele al corazon toda la fuerza de su sangre, y toda la fuerza de su pensamiento á la cabeza. Se habia acostado dueño del Asia y de la parte más bella del Oriente europeo; su nombre era bendecido desde Jerusalen hasta la Meca; su autoridad religiosa, acatada desde el Gánges hasta el Nilo; parte de aquella Grecia que ha encantado al género humano le pertenecia como un patrimonio, y el Egipto, la tierra de los misterios, le veneraba como á su señor y su califa; por las orillas del Danubio se tendian sus pueblos tributarios, y por los tronos de Europa se levantaban sus aliados forzosos; desde la cuna del sol hasta el estrecho gaditano los santones pedian por su salud al dispensador de todas las gracias, y los soldados juraban acudir á su defensa, como jefe de los creyentes; y en unas horas de sueño todo se perdió, á manera de los estremecimientos de terrible pesadilla, levantándose esclavo, prisionero, juguete de los suyos, burla de los ajenos, vendido por sus ministros, desacatado por sus ejércitos, depuesto por su familia, como un baldon indeleble arrojado sobre las últimas páginas de la gloriosa historia que con su alfanje tinto en sangre escribieran los descendientes de Ostman para asombro y enseñanza